

Datsun

ediciones de punto de partida



Mario M. Reyes, grabado en linóleo, 15 × 10 cm, 2009

Datsun

Xitlalitl Rodríguez Mendoza

Textos de Difusión Cultural
ediciones de punto de partida



Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura

México, 2009

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles
Rector

Sealtiel Alatríste
Coordinador de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura

Edición: Carmina Estrada

Asistencia editorial: Rodrigo Martínez, Luis Paniagua

Diseño y formación: María Luisa Martínez Passarge, Paulina Velasco

Grabados de portada y colofón: Mario M. Reyes

Parte de este libro se escribió gracias al apoyo del Programa para Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, en el periodo 2008-2009

1ª edición: 2009

D.R. © 2009, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán
C.P. 04510 México, Distrito Federal
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura

D.R. © 2009, Xitlalilil Rodríguez Mendoza

ISBN: 978-607-02-1219-2

ISBN de la serie: 970-32-2158-0

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

Impreso y hecho en México

Datsun

Datsun era el niño más pequeño de su clase. Aunque fue el primero en aprender a escribir su nombre, era incapaz de atar sus agujetas. No entendía el motivo para hacer de una sola cuerda, un embrollo. Casi siempre había alguien que pudiera amarrarlas. Si alguno de los filamentos se deslizaba durante el día, Datsun buscaba en su mochila unas tijeras de punta chata y lo cortaba.

Datsun rompió su suéter de las axilas por amarrárselo a la cintura. Ese día escapó de la escuela para esquivar a su padre, quien lo encontró agazapado entre un matorral del parque. Ambos regresaron a casa. Cuando se sentaron a la mesa para hablar sobre la importancia de no hacer orificios en la ropa y así mantener la dignidad cotidiana, el hombre le preguntó si tenía algo que decir al respecto. Datsun dijo Kioto. O no, mejor dijo ceiba. De todos modos desconocía el significado de ambas palabras que escuchó en el radio. Su padre lo miró desde el banquito del asombro que apenas lo sostenía y dijo que lo que hacía no era correcto. Para Datsun hablar fue tomar leche y después irse a dormir la siesta.

A Datsun le regalaron un perrito. ¿Cómo se llama, Datsun? Datsun, se llama Datsun. No. El perro y tú no pueden llamarse igual. Es de mala educación ponerle nombres de personas a tus mascotas. Se llama Datsun, mamá, él me dijo. Pero si los perros no hablan...

Mamá, ¿y tú cómo te llamas?

Datsun creció un poco más. Y fue a otra escuela con personas cada vez más altas. Luego empezó a compartir similitudes espaciales con lo que lo rodeaba: medía lo mismo que un caballo de Jane Birkin o que una bota de Nancy Sinatra.

¿Qué vas a ser cuando crezcas? ¿Mande? Quiero ser una planta. Quiero ser como la que tienes entre el orégano y la yerbabuena. Pero ésa es una maceta rota, Datsun, y la ambrosia chenopodifolia que hay dentro de ella creció por accidente. Pero quiero mamá, huizapol suena bonito. Suena horrible. Mira la cuna de moisés, el campanario, el árbol de la abundancia. Pero yo quiero ser ésa. Mamá... nunca puedo ser nada.

El día que Datsun aprendió a andar en bicicleta, fue el mismo día que conoció la central de la Cruz Roja, lo que nos lleva a la conclusión de que tal vez nunca aprendió a rodar sobre su equilibrio. O que aprendió a caerse de la bicicleta. O que aprendió que entre caída y caída se llegaba más rápido a donde sea. O al menos, más rápido que cuando se caía sólo de ir caminando. Menos rápido, claro está, que ir cayéndose de un carro. Pero como nunca aprendió a atarse las agujetas, no podía conducir.

Lo dicho de las plantas criptógamas es lo mismo que dicen de las luciérnagas: carecen de flores.

Hilda llevaba el pelo metido entre la espalda y la blusa. De frente parecía de esas con melena lacia que esquivan con más agilidad las caídas porque la cabeza no les pesa tanto. Hilda tenía un baño de chapopote que le caía a borbotones por la cara y los hombros, y eso le permitía fingir que era sorda. Decía que para compensar la ausencia de ruidos en la cabeza, su mamá la dejaba traer el cabello suelto, esponjado e inquietantemente largo.

La verdad todos la sabemos: eso era mentira. Pero también la sabían los maestros y conserjes de la escuela. La verdad es que nunca importa. Hilda era de esas personas que de repente caen de los árboles cuando alguien va pasando por debajo, para probarse a sí mismas que no morirán de esa manera. Así, sin más, un día cayó sobre Datsun. Fue la segunda vez que éste visitó la Cruz Roja.

Prometo no volver a destruir mis juguetes
y echarle la culpa a mi hermano.

Hay plantas sin flores. La importancia de identificarlas del resto, se debe a la manera de tomarlas. Es imposible establecer cualquier jerarquía en cuanto a la importancia de sus órganos porque son experimentos de la geometría. Si hojitas verdes, hojitas verdes hasta el final de la rama. Si hebras lisas, hebras lisas hasta tu mano. Colores: variables. Las albinas alardean cuando el sol las sacude, luego son un par de conejos sueltos en la sala. Aunque una legión de aguas nómadas se apoderó de la mayoría, algunas permanecieron con la herida de los muertos que cayeron sobre ellas. Eso explica las chispas rojas que, agotadas en medio de su especie, se amontonan cerca del tallo y ven pasar una lengüeta oceánica debajo.

Las desventajas de este tipo de plantas son pocas y consisten en el rol social que desempeñan. No son organismos dignos de crianza para ocasiones festivas. No se dice: te traje una espora. En cambio se dice: te traje estas flores para tu bote de basura. Vamos a perder de vista la televisión.

Como sobre un borrico, el texto seguía por las grietas más angostas de la botánica. De haber comprendido tres palabras, Datsun se habría anidado en la colmena del balcón, con esos rasgos amarillos de las enredaderas que le recordaban la primera tecla de su pianosaurio.

Las plantas con flores son presas ocasionales para el gato. Cuando las garras del felino se aprestan para hacer rugir la calidad de su evolución, el crisantemo se sacude en las turbulencias de un cielo ocupado. El gato gira y lame su tibio corazón de mamífero, prepara su vientre, donde cientos de paracaidistas fundarán su nueva patria.

Datsun pensaba que las palabras esdrújulas escondían una debilidad de su significado. Por eso eran largas y ornadas. Difíciles de memorizar. Así, las criptógamas y las fanerógamas que se contoneaban como matronas por las páginas de las enciclopedias, le parecían viejas anodinas. Aunque su empirismo lo había llevado a confirmar que sólo había plantas con o sin flores, su exploración se limitaba al reducido número de metros cuadrados de su casa y a un par de calles que recorría en traslados cotidianos. Los vasos que escondía en su clóset con rastros de leche o de tejuino eran pequeños insumos a su ánimo. Algo en ellos le recordaba un ademán congénito, una acción repetida en las cavernas de sus manos. No era como cazar a un mamut, sino más bien como haber girado una rueda por primera vez para servirse de ella. Y girarla de nuevo, por primera vez, en cada ocasión consecutiva: al lavarse la cara, al echar talco por el piso para deslizarse hasta partirse la cabeza, al brincar de una cama a otra como en un circo de resorteras, al cortarse el tupé con las mismas tijeras chatas que usaba para las agujetas. Los vasos olían como dos axilas y Datsun se preguntaba si en ese mundillo habría aves microscópicas engrosando el agua con su batalla de caquitas tibias y plumas. ¿Qué tal si ya había conjuntos elementales preparando sus nucleoides para una tragedia? Tal vez una hermosa procarionta arrastraba una catástrofe al cultivo en donde hacía alto.

O tal vez no, nada de eso pasaba durante las largas horas en que Datsun intentaba atrapar sílabas tónicas para su tarea de español.

Sin salirte del renglón

Las cosas ajenas no se tocan porque
su dueño desaparece y algo de él se va con uno

Yo no tomé tus _ g _ j _ t _ s

Recorta sobre la línea punteada _ _ _ _ _

Habrán volado a los cables de luz

donde los tenis pasan

de puntitas sin pisar raya.

Datsun supuso que a un lugar más grande correspondía una variedad insondable de algas, hongos, líquenes; de súbditos del reino fungi erróneamente acomodados por holgazanes en una dupla. La idea de marcharse brotó como un frijol en su cabeza. Pidió a su madre que empacara palitos de carne y de queso, y caminó entre los campos de algodón, con la piel arrugada por la brisa.

Trepar al monte era la manera más eficaz de seguir la ruta. Las brechas de plantas llevan, por lo general, a casas inhabitadas donde sólo de vez en cuando entra la luz de la luna para cumplir sus compromisos retóricos. En cambio, los senderos que trepan por la montaña son el penoso rastro de un animal en cuya huida cumple su condena: esquiva la gravedad más poderosa y domestica el follaje que desgarrar el rostro de los viajeros. De seguro es una bola felpuda que ronronea en los agujeros de los topos. Aunque no lo había visto, estaba seguro de tenerlo cerca. Un marfil reluciente en medio de los árboles lo hacía sentir próximo a su guía. Datsun se acurrucó en el piso, y sintió cómo el lodo le daba un lengüetazo en la mejilla. Se dejó humedecer por el fango y avanzó dormido como avanzan los árboles en la noche, a tientas, con las ramas extendidas hasta tocar el cerco.

En la capital, Datsun hablaba cantadito. Pero pensaba que de todas formas podía vivir en un refugio donde había otros que hablaban cantadito. Sin embargo, los muebles del lugar eran de cemento, con ventanas de cemento y paisaje de cemento. Datsun supuso que si bien podía ampliar la vista de la ciudad con crayolas, ya no le quedarían herramientas para practicar su inglés. Datsun giró 360 grados sobre sus tobillos y retrocedió sin ver la salida. Ese día supo que estaba lloviendo en la esquina de Mérida y Chapultepec, y pensó que Datsun y Diego empiezan con la misma letra. Así que llamó a Diego.

I am vertical but I would rather be vertical garden.

Las ciudades lejanas (si se toma en cuenta que el trayecto al corazón del extranjero es también una distancia) suelen tener un viento áspero y maltratado que sólo se amansa con la lengua local. Las arboledas principales son un muro rugoso para recargar la oreja y adivinar el camino. A lo largo de esta muralla y tropezando con rocas livianas —como de unicel, habría pensado alguien que no conocía la nieve—, Datsun empezó a recoger plantas de la calle.

Algunas flores y muchos árboles necesitan del viento para la diseminación de su polen, asonó en su cabeza la voz del señor argentino que doblaba las caricaturas.

Aristema, aristoquia, uva de gato, especies de dibujos en los libros. No había nada parecido. Tomó un trozo de asbesto —un protozario, dijo con el aire petulante de quienes reproducen palabras largas—. Se chupó el índice al advertir el nuevo rumbo del viento, y sintió un jalón que de todas formas no supo interpretar. También echó al saco un zapato izquierdo arrojado a la calle por alguien que decidió darle una lección al derecho. Siguió caminando hasta que al fondo de un callejón vio un muro con nichos de agua negra brotando de las esquinas. Era alto y rugía como un barco encallado. Sin otro sitio a dónde ir, Datsun topó con pared.

¿Cómo se llama ésta, mamá? Ay m'ijo, pues no la veo, pero te paso a tu padre, él sabe de esas cosas. ¿Papá, cómo se llama esta planta? Bien, bien, m'ijo, ¿tú cómo estás? Te quiero mucho. Adiós.

I love all these new topless metaphors

El día que le siguió fue como cualquier día que le sigue a otro. Un sol palurdo, agotado de ser más grande que lo que toca. Un día perfecto para que Datsun cayera en cuenta de que su nombre era estúpido. Y así pasó. La sensación de torpeza navegaba por su cuerpo como una empeñosa balsa en la cumbre de una isla. ¿Por qué no escribir todos los nombres conocidos en el muro, unos sobre otros, y prenderle fuego? dijo con un temblor como de ganso. La respuesta era absurda: porque tampoco aprendió a encender cerillos. No era fácil debajo de la cama. Compartir el oxígeno con un fósforo... Avergonzarse de una existencia rumiante y sin gracia no ameritaba dar la vida por una minúscula combustión. Tampoco significaba que ahora no pudiera hacerlo.

Había leído que en la tundra no hay árboles. Algunos de los líquenes y musgos que crecen ahí no sobrepasan los diez centímetros de altura porque los vientos son perros del gigante. Olfatean el hielo, y cuando escuchan por debajo una corriente escurridiza, aúllan y escarban hasta que ésta se queda inmóvil unos cuantos siglos más. Hay un perro para mí también. Ya casi crezco lo suficiente.

Todos sabían de la sábila, del cactus, de las ramitas que dejan caer cachos por la casa para conocerla y para que alguien las ponga en botellas. Todos sabían del pino. Pero, Datsun, no hay un pino en tu casa. No, mamá, pero nadie sabe.

Yo también hablo de la rafflesia. De la aralia sieboldii *oscura*, *increada*, *nocturna*, de la kenia forsteriana, philodendron scandens, gonmphocarpus fruticosus, *evocada*, *invocada*, *abocada*, diente de león, rumex acetosella, ñame silvestre, sagitaria, susana de ojos negros, sello de salomón, phytophathora infestans, lepidodendron, saprolegnia (ésta es el moho del pan).

Y sólo vive en los libros de botánica.

A Datsun le gustaban los campos de coca. Las hectáreas de amapolas. El humo del opio y la nieve de rosas blancas, rosas frescas, rosas uvas por la nariz corriendo, por la puerquita de debajo de la lengua, por las venas no porque desconocía el arte de las agujetas.

De pronto, le dio por usar vestidos. Nada de tubos largos y afeminados, sino carpas de maestra rural. Los que no traen agujetas al costado. Los que se despintan en las sábanas. Los de pasadores en el pelo. Los que se ponen de una zancadilla adentro del escote. Los humeantes de sopa. Los de algodón. Los que al desplazarse, dejan algo de tela suspendida en el paso anterior y luego mandan sus hordas a las rodillas. Para marcharse, Datsun los usaba.

Cuando conoció a Rufo, ambos se tomaron de la mano y caminaron hacia el monte. El sol era una estampida que los cubría desde lejos. Recorrieron un camino quebradizo durante varias horas hasta llegar a una vía alterna. Este tipo de atajos ponía a Datsun en un asta en medio del incendio. Sus manos sudaban al elegir izquierda o derecha, y sus pies multiplicaban sus movimientos para convertirse en dos empanadas de atún sin más ánimo que el olor que expedían. Para Rufo, alejarse en medio del bosque era algo que hacía a menudo para echar la siesta. Los seres que pueden dormir en la tierra están librados de escondrijos, pensaba. Tras valorar todas las posibilidades, consideraba que si un día no lograba retornar al hogar, sus cavidades serían un tesoro para arbustos y bestiecillas rapaces que lo considerarían un buen mago.

Uno de los caminos era un terreno amoldado por rocas planas y serenas, donde algún rayo corría inadvertido buscando el regreso al sol. El otro tenía una suave alfombra de tierra húmeda y en sus bordes, algunos hongos y moho lucían la suavidad que la naturaleza les había encomendado. Aunque ambos decidieron que el de las piedritas parecía más seguro, Datsun dio el primer paso con el temor de quien va a mirar detrás de sus cortinas por primera vez. Empezó a hablar para acallar las liendres que brincaban en su imaginación. Caminaron varias millas hasta sentir que el hambre mordisqueaba sus músculos y nervios. Se despojaron de sus mochilas y cualquier entusiasmo por jugar fue apilado para hacer lumbre. Ante el fuego y en la capilla del descanso, se convirtieron en grandes osos panda, osos grises, osos negros. Antes de volver a casa.

La colonia era de esas redondas que tienen calles sin autos y sin bocas de tormenta para que los confundidos pasen. Lo único luminoso que había en ella era un hospital con escaparates. Datsun pasó enfrente y se detuvo para observar el cuadro de camillas y persianas, con sus bases de aluminio y sus sonidos fáciles. Una anciana con atributos humanos indispensables: una mano, un pie, un dedo con olor a alcanfor, era la oferta. Anunciaba un gran insumo al consumidor de sí mismo.

Datsun entró.

Todo depende del tipo de planta en el que esté interesado en convertirse, dijo una voz combatiente ante la indecisión de la compra.

En una urraca, no.

Las urracas no son plantas. Me llamo Cloris —intentó disimular el chillido que tienen los pájaros sobrevaluados por la literatura—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Pues no sé... algo pequeño... verá usted, sólo tengo una maceta de unos cuarenta centímetros de diámetro y otro tanto de altura.

¿De sol o de sombra?

Vivo en una ciudad jorobada, opacada por algo de arriba. Partículas de metal, partículas de dióxido de carbono, bolitas de polietileno...

Vive aquí mismo. Una de sombra perenne le vendrá bien. El invierno es confortable con un centenar de hojas a cuestras. Aunque, para fines de hacer válida la póliza de garantía (Datsun desconocía el significado de esas palabras), debo aclarar que nadie ha logrado convertirse en planta por completo. Sólo un hombre en su lecho aseguró haberse visto en el espejo conver-

tido en un camote. Su piel era rancia y estaba agrietada por albergar al gusano que le comió los riñones. Días antes de su muerte se intuía el aspecto verdoso en sus vísceras, aunque su dermis lo ocultara con las llagas más voraces. Pero él lo sabía, yo lo sabía. Dijo que apenas y llegó a raíz, pero estoy segura que, por dentro, el musgo cubría sus órganos. Casi lo logra. Yo en cambio, carezco de pigmentos en la carne porque soy banal y porque soy urraca. En algún momento mis ínfulas de manzana se convirtieron en largas plumas blancas que antecederon a las negras. De noche voy por la calle cantando horrible para despertar a los tibios cachorros que tiritan bajo sus sábanas, y que repasan con mi aullido sus lecciones del día. Yo soy una urraca. Él es un camote. La anciana del aparador es un arándano.

Nos están viendo desde afuera, dijo Datsun.

Están confundidos.

Datsun murió mientras esperaba el tren, en uno de sus largos viajes para volver a casa. Todo fue claro y preciso: Datsun se pisó el vestido y cayó de nuca sobre las vías. No hubo sangre escurriendo durante metros y metros para anunciar a los curiosos el deceso, sino una poca acumulada alrededor de sus orejas y dientes. Para facilitar la repatriación de los restos, echaron sus cenizas en varias macetas:

El clavo de olor es un pillo.

El albahaca se quedó parado y sometido afuera de las tiendas.

La granada es una puta introvertida.

El girasol es un lunático.

Los dedos de niño... bueno, esos siguen siendo los mismos.

La cajita feliz

UN, dos, tres por mí
que estoy leyendo esto.

LAS REGLAS son sencillas:
No soltarse de la cuerda
No mirar hacia abajo
Sentir la pluma que dibuja
Un abismo en la planta del pie.

Lista de palabras favoritas

aceite

botica

musgo

índice

orquídea

pan

cera

suaje

cortinas

lago

Kansas

plumonitos

grillo

pardo

biombo

té

epígrafe

ornado

tempestad y no tormenta

LA LUZ
levanta un lienzo
piel de codorniz.

Sostén de sombra consumida
por la sombra.

Hay en lo alto
té verde
y azucenas.

Un vestido en desbandada
emigra al sur
sombra
donde inicia el muro.

MIS MANOS son dos garzas de madera
suspendidas.

Cuando el lago sube al aire, se convierte en aire.

Vinil

Miro el punto antes del punto que da pauta de línea:
brea dispersa por la grieta horizontal
de una palabra.

Sé que los ojos son interferencias
en el zumbido del rostro,
y aún así me ciño a ellos
como a dos rieles de bambú.

Miro el punto antes del punto,
no es el árbol insumiso del polvo.
Es el punto antes del punto
un paseo en la sonda invertida de la especie:
ave dilatada en el contorno del estanque.

Puedo seguir mirando
incrustada en el ademán convexo
de la memoria
sin desviar la caída.

Punto corre a toda vereda
dibuja la línea artificial de mis palmas:
soy una pieza extendida
a lo largo de mis manos.

Rueda en sí mismo, antes el punto,
el molino erosionado

de la vista
inventa la secuencia
antes, después.
En el centro el punto antes del punto.
Línea es lo que hay entre el sonido y su morada.

HAY LUZ CERRANDO cajas en la pupila.
No me permito hablar del rubro de las cosas
porque pienso en circunstancias
tipográficas
o en palabras de oficios que me son ajenos.

Pido traer al frente la ranura de una puerta artificial
o un golpe en la espinilla.
Hablar de cualquier tipo.

Línea afuera o línea adentro
es el estado figurativo de los colores.

Es necesario que lo explique
pero tampoco me explicaron por qué
el estado mayor
de los versos menores.

Prefiero jugar al ciego de nuevo
o a los borrachos
anónimos luego de comer café y galletitas
como a los seis años
y gritar por ahí
tambaleándonos en los canceles
—¡ánimo compañero!—.

Bycicle dress

La tarde es el interior de una cuchara.
Por dentro
la curvatura del movimiento
se eriza sobre un riel y dos llantas,
el zanco en espiral del equilibrio.

Este vestido en que ando
es un derrame de camino
raya ausente raya blanca
sobre el asfalto.

La tela crece
se esponja con el pedaleo
de inhalaciones huecas.

Todo es ondulación y retorno,
y entiendo que el horizonte
no es más que metro y medio de poliéster a la redonda.
Andar en bici con vestido
no es hacer silbar las banquetas
con doce centímetros forrados de charol.

La bici con vestido
anda en los espejos
de una ciudad acantilada
memorizando, sobre mí,
la resonancia de una estación perenne.

Muertes absurdas

Hablemos de situaciones probables: uno se puede morir ahogado mientras el alcohol desenvaina sus efectos en una tímida imitación a Li Po. uno se puede morir en un incendio luego de tropezar con su barba (sólo si ésta toca el piso). uno se puede morir de risa. uno se puede morir por comer demasiado. uno se puede morir por un estornudo impetuoso. uno puede durar hasta seis días sin dormir. uno puede soñar con waterboarding y vender tickets del metro al siguiente día. uno puede dispersar su proceso digestivo y usar un Gucci. uno se puede morir por decir algo. uno puede empezar a decir algo, nunca terminar de decirlo, tragar saliva y buscar en otras palabras.

PARA NADAR —lo infero por el niño de al lado— no es necesario tocar el piso, y parece que ésta es la característica primordial durante la estancia en el agua. Sin embargo, el fondo de las albercas está confeccionado con un lujo cuidadoso cuya importancia radica en un guiño cordial: azulejos claros dan una impresión de cercanía, protección y luminosidad. Como prefiero estar en la estación contemplativa del asunto, esos peces con escamas cuadradas que sólo pueden ver los ganadores de la gesta me dan cierta desconfianza: nada bajo una masa de azul turbio y a cincuenta metros de donde se inicia el recorrido, puede ser un sitio seguro para los paseantes. Al acercarme a los treinta metros (también intuyo que sólo se cuenta la distancia recorrida horizontalmente), veo a mis piernas dar un paseo circular, cada una por su parte y sin alejarse demasiado. Miro abajo y encuentro cada cuadro multiplicado en millares pero sin perder su voto de sostener un hueco. Doy con la frase que como un payaso de resorte se dispara de la caja más inesperada: estoy en lo hondo. Sin otra salida que ir a la inversa, no hago más que aflorar mi barriga al cielo y salvarme la vida jugando a la muerte de Ofelia.

NO FUI YO quien lo dijo porque como carne. Porque he vivido apenas tres veces menos que muchos y porque no he probado caldo de iguana después de mi primer parto. Porque no he esperado a que muera mi yerno para que mi hija venga a contarle las flores a mis vestidos, ni me limpio la boca con la tortilla que estoy comiendo. No fui yo quien lo dijo aunque tengo esa frase intacta en la memoria como el pelo recién cortado que no me deja, pegado a las medias de nailon, y se recrea en el campo fraternal de los imanes. No fui yo porque no creo necesario subir el vestido de mi nieta para llegar a Vallarta sobre asiento de piel en el reflejo tropical del mediodía. Porque nunca cumplí cien años contando dieciséis. Porque no desprecié la felina decadencia que salta y derrumba la figura de mis amigos. No fui yo quien lo dijo porque nunca estuve en el funeral de mi esposo, así nomás, haciendo fila.

EN EL CENTRO de la plaza hay un faro. Si bien el tubo luminoso que arroja se introduce sólido en la pupila, algunas veces la luz se difumina un poco debido a la indigencia del alumbrado público. A ese torreón no le importa el trajín de los navíos porque es una bestia de casa. Aunque algo retorcido le corre por dentro y tiene nombre de espantapájaros, permanece ridículamente elevado, doblando la altura de la iglesia y aplastando el furor de las palomas que con tanto ahínco buscan su lugar entre las aves de ornato. Están perdidos los pichones, no hay posibilidad alguna de apañarse de las escamas de pintura corrediza que visten su falso obelisco, o de sus ventanas que son tres fugitivos famélicos e inalcanzables. No es sino a las cuatro de la tarde cuando el faro deja de ser enigma: la gente busca su delgada sombra. Altos, pequeños, con piedras lisas bajo la lengua, con vestidos espumosos sobre el pasto, todos se acomodan en línea recta, unos detrás de otros, hasta llegar al borde de la avenida. Y así permanecemos fuera de dudas hasta las siete de la noche o casi (horario de invierno).

EL UMBRAL DEL BAÑO es una puerta amotinada por los siglos. Permanece cerrada como un adiposo guardián en espera de que alguien toque su hombro para sucederlo. Es una puerta ornada, tallada en la abstinencia de algún artesano; poco vista en las casonas de adobe con patio al centro. Si haces embonar tu oreja en la madera, un choque de locomotoras viene a cobrar su territorio. Un paisaje devastado eleva sus puños y repite su alevosa ventaja en el espacio que ocupa. Al tocarla, las manos son las primeras en salir corriendo. Pero su dureza es necesaria porque un verano entero se domestica en ella. Todos pasan, más o menos en entera posesión de voluntad al albedrío, del otro lado. Salvo ella, que a decir por su desvencijado y apolillado nicho, no alcanzó a llegar.

TRES PUNTO y coma suspensivos. Se abre paréntesis, dos ventanas y una voz acartonada: soy el intruso. Me encuentro frente a usted, camisa blanca, sin la cota entorpecida de mis manos al teclado. Primero contemos las erratas, esas premoniciones de nosotros mismos.

Luego a medir el aire, la interlínea es una esquemática acumulación desde el objeto vicioso de los sentidos. No mire las cornisas ni esos falsos amigos con que pedimos pan en un país ajeno; los signos son el espejismo para arrastrarnos a la manera impropia de los paseantes, flâneurs, usted sabe, nada de cursivas por el momento.

Ahora vaya al punto. Pose sobre la mesa el candil extraviado de la idea nocturna, el sonámbulo que pasea dando tumbos en los pilares de un vago entendimiento.

Por favor, al salir, cierre el paréntesis.

Final alternativo

Conectado o invisible
 Ocupado o ausente
 Comiendo o al teléfono
 Vuelvo enseguida
 Escribe tu nombre
 tal y como quieres
 que tus contactos lo vean
 apelativo de emergencia
 times new roman
 bislexia
 miss lexia
 Pita Amor Cortés
 dicción posmopolita
 Cambiar perfil
 cortes marciales unisex
 código binario
 código de barras
 código Morse
 código rojo
 digo & co
 escritorios mexicanos contemporáneos
 complemento circunstancial de moda
 iLunes
 homotextuales
 glándula hipérbole
 a tope
 iPoe

ouliPod
syntaxis driver
océano índice
.punto. y los signos que le sigan
in dot we trust
pensar en nombres no en zumbidos
enviar fichero
enviar las mejores conversaciones de Messenger ahora en DVD
envía un mensaje a este número y recibe los nicknames del
momento
nombres de paso en tu celular
nombres de paso en tu billetera
toca la base y el teclado
agregar contacto
bloquear contacto
eliminar contacto
linde alerta
dealers que no me maten

Apuntador

EXT. CALLE. NOCHE.

1

Había una vez, luego hubo varias veces y así hasta el pretérito del subjuntivo. Voy a ponerme en escena y bien sé que ningún rostro puede gozar de una réplica confusa. La historia se narra en cuerpo presente. Mientras espero a que alguien pase, siento el indicio de un relato en un muro, un graffiti, una esquelá, una lámina con nombre, una novela escrita en un rollo de papel higiénico. Una herencia fortuita:

EXT. ESTACIÓN DE TRENES. MAÑANA.

1

Ruido y humo se confunden entre vagones. El movimiento es el temblor de la cámara en mano, cámara en mano que escribe, cámara en mano que subraya el renglón para no distraer la lectura. Es difícil delinear el primer rostro a cuadro. TÍO VENANCIO (30 años) lleva un overol manchado de grasa. Camina sobre un vagón, brinca a otro, se monta sobre una escalera y se apea. El vapor se disemina con dificultad pero

el bullicio persiste. Hay un tren marchando. UN HOMBRE (42 años) sobre uno de los carros toma una caja de tomates y se la arroja a TÍO VENANCIO.

INT. VAGÓN. NOCHE.

2

Tetera chillando sobre la estufa. La cocina es un rectángulo angosto. Las cortinas simulan una apariencia de puerta a las ventanas y dan la sensación (sensación dije, que se corra) de que el cajón es un lugar en movimiento. TÍO VENANCIO mira afuera la tierra recorrerse con el viento. Toma un tomate y lo muerde. Cuenta las veces que saltó de vagón en vagón durante el día. Hoy no llegó a veinte y piensa que la jornada fue una noche tranquila.

EXT. ESTACIÓN DE TREN. MAÑANA.

3

Sobre el andén hay una mesa de manteles inflados por el aire. TÍO VENANCIO (82 años), con la cara como de papel de estraza, vestido con pantalón de pinzas, a la cintura, tirantes, un chaleco y sombrero; y OTRO HOMBRE (60 años), con pantalón de mezclilla, se despiden con un abrazo tímido como lumbre en un barco de leprosos. TÍO VENANCIO camina hacia la cámara, hacia la mano que tiembla o que hace un paneo de la vista de TÍO VENANCIO. Es un juego de yoyo: mira al suelo, a sus zapatos, a sus pantalones, a la cámara y empieza de nuevo. Da un brinco ligero, se baja del andén y camina a lo largo de la vía.

EXT. VÍA. TARDE.

4

Conforme avanza sobre los rieles, TÍO VENANCIO se sacude el polvo de la ropa. Recuerda que durante 52 años, cinco días a la semana, unas diez horas diarias, su principal actividad fue saltar vagones. O esperar alzado en el aire hasta que el cajón sobre el que descansa pase de largo y deje su sitio al que sigue. Hace multiplicaciones y murmura un número que termina en una ráfaga de viento.

EXT. ESTACIÓN DE TREN. DÍA.

5

TÍO VENANCIO está sentado en el andén, cuenta las veces que EL NUEVO HOMBRE (30 años) vestido de overol con manchas de grasa, brinca como sobre una manada de elefantes. TÍO VENANCIO anota sus cifras en un cuadernillo y lo mete a la bolsa del chaleco. Camina hacia el frente. Un joven en bicicleta lo embiste. La sangre es-

curre en el rostro de TÍO VENANCIO con un movimiento paralelo al de la muerte. El cuadernillo cae abierto en el piso. Los apuntes se cubren de polvo. En efecto doppler, la ambulancia se aproxima.

PUNTO

(POINTLESS)

EXT. CALLE. DÍA.

2

Mi cabeza repite un solo movimiento como la muletilla más blanda. Todo sin llegar va pasando. No quiero ver lo que intento contar hasta el infinitivo: voy a alzar la pieza o lo que eso signifique, voy a pasar por alto el letrero de enfrente: Vous n'avez pas la priorité. Avanzo.

STOP

SEÑALÉTICA INCOMPRESIBLE

(FADE OUT)

FIN

Índice

Datsun	7
La cajita feliz	43
Apuntador	63



Mario M. Reyes, grabado en linóleo,
15 × 10 cm, 2009

Datsun, de Xitlalitl Rodríguez Mendoza, volumen 6
de la serie Ediciones de Punto de Partida,
editado por la Dirección de Literatura,
se terminó de imprimir el 27 de noviembre de 2009
en los talleres de Ediciones de Buena Tinta, S.A. de C.V.,
San Julio M. 607, L 24, Pedregal Santa Úrsula, 04600, México D.F.
Se tiraron 1 000 ejemplares, en papel cultural de 90 gr.
Se utilizaron en la composición tipos Rotis Sans Serif,
de 8 y 14 pts., y Bodoni, de 8, 11.5, 15 y 24 pts.
El cuidado de la edición estuvo a cargo de
Carmina Estrada y Luis Paniagua.